

Cuentos inéditos

Cristian Perfumo

EL CRIPTORREGALO

El día que cumplí treinta años recibí un email de mi hermano. No habría sido nada excepcional de no ser porque en ese momento él llevaba cinco años muerto.

El asunto era «Feliz cumple» y el mensaje, escueto. «De Leandro para Paula». Eso era todo. Cuatro palabras del color azul de los hipervínculos.

Hice clic sobre la frase y el navegador abrió una página web con un video que ocupaba toda la pantalla. La cara de mi hermano en primer plano sonrió a la cámara mostrando sus dientes preciosos.

«¡Feliz cumpleaños, Paulita! —saludó Leandro con una mano—. ¿Cómo estás? Treinta años no se cumplen todos los días, así que te deseo que lo pases espectacular y que lo disfrutes con mamá y con Rodri. Bueno... y si hay alguien más en tu vida, también.»

Parpadeé todo lo suave que pude, pero aun así fui incapaz de evitar que las dos lágrimas que me empañaban los ojos echaran a rodar.

«Conociéndote, estoy seguro de que no sos una de esas personas que se ponen tristes al cumplir treinta. ¡Qué estupidez! Los treinta son una década maravillosa. Uno está lleno de energías y ha vivido lo suficiente como para saber lo que quiere y lo que no. Y lo dice alguien que a los veintilargos tenía un título universitario, un trabajo muy bien pagado, una carrera que prometía... Y era absolutamente infeliz. Tuve que pisar los treinta para darme cuenta de que lo mío era el mar. La

programación y las computadoras me gustan como un hobby y no creo que las abandone nunca, pero lo que verdaderamente quiero para cada día, lo que me hace feliz, es esto.»

Mi hermano acompañó su última palabra con un pellizco a la tela de su remera, e hizo subir y bajar el logo amarillo de Expediciones Magallanes, su pequeña empresa de excursiones turísticas. La había abierto tras dejar su trabajo en una multinacional en Buenos Aires para volver a mudarse a Puerto Madryn, nuestra ciudad natal. Y aunque debido a su pésimo olfato para los negocios la empresa nunca fue una mina de oro, Leandro había sido mucho más feliz llevando turistas a recorrer la Península Valdés que analizando gráficas y escribiendo código con el pelo engominado.

«Y teniendo en cuenta que si estás viendo esto es porque los médicos tenían razón sobre mi enfermedad y no llegué ni siquiera a los treinta y seis años, más feliz aún me pone haber tomado la decisión que tomé cuando tenía treinta.»

Tuve que parar la reproducción unos segundos para secarme los ojos y obligarme a respirar hondo. Cuando logré tranquilizarme un poco, volví a apretar *play*.

«Bueno, Paula, creo que ya te di suficientes sermones en vida como para tener que inflarte la cabeza también después de muerto —dijo, largando una carcajada—. Pero no te preocupes que este video no es para eso. Sólo quiero saludarte, decirte que aproveches esta etapa maravillosa de la vida, y también darte un regalito. ¡Encima de que aparezco muerto a tu cumpleaños, no voy a ser tan cara dura de caer con las manos vacías!»

Mi hermano rio mientras se tiraba un poco hacia atrás en su silla. Cuando su cara dejó de ocupar toda la pantalla, pude reconocer las decenas de fotos de ballenas y pingüinos que decoraban la pared a sus espaldas. Había grabado ese video en la pequeña oficina de Expediciones Magallanes.

«Pero antes de darte el regalo, tengo que contarte su historia. Te advierto que es algo... curiosa. Y no es que me quiera hacer el misterioso, nada más lejos. Pero si no te la explico, no

vas a entender nada.»

Leandro se frotó las manos de manera exagerada frente a la cámara, y sonrió antes de continuar.

«En el otoño de 2011 yo llevaba un año y medio con Expediciones Magallanes. Más o menos a fines de abril, o principios de mayo, cae a la oficina un típico turista yanqui de estos grandotes, gordos y con gorra de béisbol. Me dice que quiere hacer una excursión privada con toda su familia a ver ballenas.

Me puse contentísimo, imagínate. Todavía no había empezado la temporada y esos días había muy poco movimiento de clientes. Así que les dije que podíamos salir en menos de una hora.

Mientras hacíamos los papeles, rompí el hielo como siempre. Ya sabés a lo que me refiero: les pregunté cuánto hacía que estaban en la Patagonia, qué habían visto y por dónde seguían el viaje. También les tiré tres o cuatro chistes. Todo muy estándar.

Bueno, la cosa es que, charla va, charla viene, el tipo termina preguntándome por qué hablo tan bien el inglés y yo le comento que antes me dedicaba a la informática y trabajaba en Buenos Aires para una multinacional con casa central en California. Cuando escucha eso, se empieza a reír y me dice algo así como "Qué chico es el mundo". Resulta que él también era informático y de California.

Aproveché la oportunidad para llevar la charla a un nivel súper nerd y le pregunté a qué se dedicaba exactamente, con qué lenguajes de programación trabajaba y esas cosas. Entonces el tipo me cuenta que hace unos meses se quedó sin trabajo y que ahora se estaba dedicando el mundo de los Bitcoins.»

Leandro señaló a la cámara con el índice antes de seguir hablando.

«Probablemente te estarás preguntando qué carajo son los Bitcoins, que es la misma pregunta que me hice yo en ese

momento. Te lo explico muy rapidito: Bitcoin es una moneda como el dólar o el peso, pero no está asociada a ningún país. Y lo que representa el valor, en vez de ser un billete, es un archivo. Por eso, se le llama moneda virtual. Pero bueno, no te quiero aburrir con la explicación técnica si no es necesario. La cosa es que el tipo me ofreció pagarme la excursión con Bitcoins. Me acuerdo que el precio para toda la familia era un poco más de doscientos dólares.»

Sonreí. Mi hermano había sido tan rata toda la vida que hasta su memoria selectiva tenía que ver con el dinero. Era incapaz de recordar qué día de la semana había sido ayer, pero retenía perfectamente cuánto le había costado el primer mes de pensión en Buenos Aires al comienzo de sus años universitarios.

«Cuando le dije que no, que gracias pero que prefería una moneda de verdad, ¿sabés lo que hizo? Me ofreció pagarme el doble si aceptaba Bitcoins. Rarísimo, ¿no? ¿Qué sentido tenía ofrecerme el doble?»

Leandro acompañó la pregunta juntando las yemas de los dedos de la mano derecha y moviéndola arriba y abajo, como si fuera italiano.

«Entonces él, muy simpático, me explicó que como los Bitcoins eran una moneda nueva, experimental, muy poca gente las aceptaba, y eso hacía que fuera difícil gastarlas. También me dijo que su valor se había multiplicado por cien en un año.

Evidentemente, sonaba demasiado bueno para ser verdad. Le dije que me esperara unos minutos y busqué en internet algo de información sobre los Bitcoins. Resultó que el yanqui tenía razón: era una de las primeras monedas virtuales del mundo y su precio había crecido muchísimo en el último tiempo. Entonces, con esas cosquillas en el estómago que te da el miedo a perderte una gran oportunidad, decidí arriesgarme y acepté. Total, una excursión más, una excursión menos, no me iba a hacer más rico ni más pobre.

Me pagó exactamente cien Bitcoins, que en ese

momento representaban más o menos unos quinientos dólares en total. No sabés lo feliz que se fue ese tipo. No sólo porque pudo pagarme así, sino también porque vimos varias ballenas con crías, un par de orcas, y un montón de delfines.

Hoy por hoy esos cien Bitcoins valen unos mil cien dólares, algo más del doble de lo que valían el día que las recibí. Aunque lo que valgan ahora, cinco años antes de que veas este video, no tiene ningún sentido porque el precio es muy volátil. Para que te des una idea, al mes de que hiciéramos la transacción, el Bitcoin llegó a treinta dólares, y la excursioncita pasó a valer tres mil pepinos. De ahí, el precio cayó en picada y se mantuvo durante casi un año en cinco dólares por Bitcoin, lo mismo que el tipo me había pagado.

Lo que te quiero decir con todo esto es que el precio cambia un montón y que, así como creció cien veces durante el año anterior a mi encuentro con el yanqui, hay gente que dice que puede seguir subiendo. Algunos incluso pronostican que podría llegar a cien dólares por Bitcoin. No sé si será para tanto, pero ojalá. Si es así, hoy tu regalo de cumpleaños vale diez mil dólares. Nada mal.

Evidentemente, también está la posibilidad de que haya bajado y no valga absolutamente nada. En ese caso, mi regalo de cumpleaños es simplemente este video. Quiero que sepas que, esté donde esté, siempre te voy a querer con todo el corazón. Y aunque no tengo ni idea de lo que se siente llevar cinco años muerto, estoy seguro de que te extraño un montón.

Bueno, Paulita, ahora cuando termine este video fijate cuánto valen hoy cien Bitcoins. Si es un número que vale la pena, acá abajo te dejo un enlace explicándote todo lo que tenés que hacer para transformarlo en plata real. Y si no valen nada, al menos fue una linda excusa para sorprenderte y desearte feliz cumple.

Te quiero mucho, ¡no te olvidés!»

Leandro me tiró un beso con la mano y el video se terminó.

Sin dejar pasar más de unos segundos, volví a reproducir la grabación. No me importaba tanto lo que me decía como verlo otra vez así, todavía bien y sonriente, muy distinto al recuerdo que yo tenía de sus últimos días.

Después de una tercera reproducción, finalmente me decidí a meter en Google la frase "precio de bitcoin". El número que apareció en la pantalla me dejó paralizada. Tenía que haber un error. Entré a tres páginas especializadas, que presentaban gráficos minuto a minuto del precio de la moneda virtual. En todas, el valor era de unos 14.900 dólares.

Por Bitcoin.

Si yo había entendido bien, mi regalo de cumpleaños valía casi un millón y medio de dólares.

Me quedé mirando la gráfica de la evolución del precio. ¿Cómo podía ser que algo que hacía media década valía cinco dólares hoy valiera casi 15.000? Al parecer, en 2013 —el año siguiente a la muerte de mi hermano—, el precio del Bitcoin había subido de diez dólares a setecientos cincuenta. Luego siguieron tres años de subidas y bajadas, con el valor oscilando entre doscientos y ochocientos.

Hice zoom en los años 2016 y 2017 y me di cuenta de que si hubiera sido un año más vieja, cada Bitcoin del regalo de mi hermano hubiera valido ochocientos dólares. Sin embargo, durante 2017 el precio se había disparado de una manera bestial, haciendo que en un año, esos ochocientos pasaran a ser quince mil.

El artículo de la Wikipedia sobre Bitcoin advertía de los cambios abruptos que sufría el precio de la moneda dependiendo de la oferta y de la demanda. No faltaban referencias a expertos que se referían a Bitcoin como una burbuja en la que mientras más gente compraba, más subía el precio. Otros directamente lo consideraban una estafa piramidal.

Volví al video de mi hermano e hice clic en el enlace

que había aparecido en la pantalla. Se abrió una página idéntica a la anterior, y él reapareció en primer plano.

«Ah, bueno, parece que mi regalo tiene algo de valor.»

Su dedo índice apuntaba a la cámara y sus labios dibujaban una sonrisa cómplice.

«Supongo que habrás consultado en alguna web y ya tenés una idea de cuánto valen hoy esos cien Bitcoins. ¡Bien! Yo, optimista como siempre, voy a aventurar que el precio de mercado de tu regalo es de al menos diez mil dólares. Aunque, por supuesto, ojalá me equivoque y valgan mucho más.»

Hice un cálculo mental rápido: ciento cincuenta veces más, para ser exactos.

«Lo cierto es que, valgan lo que valgan, en este momento vos te estás haciendo una única pregunta: ¿Cómo puedo gastar ese dinero? Bueno, hermanita, lamentablemente eso no te lo puedo decir.»

—¿Cómo? ¿Cómo que no me lo podés decir? —le dije en voz alta a la pantalla mientras mi hermano hacía una pausa.

«No es que me quiera hacer el misterioso, para nada. Me refiero a que en todo el tiempo que pasará entre que yo grabe este mensaje y vos lo escuches, el panorama seguramente cambie bastante. Si las monedas tienen valor, es probable que las puedas utilizar en muchos más lugares que hoy, cinco años antes de tu cumpleaños número treinta. O sea, yo te las doy y vos te encargás de ver cómo las gastás, o las convertís a dólares.

Eso sí, sea la cantidad que sea, esa plata es exclusivamente para vos. No te preocupes por Rodri, que él también va a recibir una sorpresa el día que cumpla treinta.»

Supuse que Leandro decía eso porque no sabía lo que valían los cien Bitcoins. Si yo realmente conseguía ese dinero, sin duda lo iba a compartir con Rodrigo, nuestro hermano menor. ¿Cómo no lo iba a compartir con él, si era un sol? ¿Cómo no darle una parte si durante los meses que sobrevinieron a la muerte de Leandro, Rodri se desvivió por

ayudarme a superar la depresión y al mismo tiempo mantener a flote a Expediciones Magallanes? Durante meses, Rodri intentó animarme de todas las maneras que pudo: desde robarse a sí mismo horas de sueño para quedarse conmigo a mirar películas hasta gastarse todos los ahorros en regalarme la moto que yo llevaba años planeando comprarme.

«Te explico un poquito cómo funcionan los Bitcoins, Pauli. Cada usuario tiene lo que se llama una billetera virtual, que le permite enviar y recibir dinero.

Esa billetera virtual es tu regalo de cumpleaños. Podés activarla en cualquier computadora conectada a internet. Lo único que tenés que hacer es descargar un programa, ingresar una clave de doce palabras en inglés y listo. Pero ojo, que esto que suena tan bien es un arma de doble filo. Si perdés esas palabras, no hay forma de recuperarlas. No existe nada parecido a la opción "Olvidé mi contraseña". ¿Hasta acá me seguís? Espero que sí.»

Asentí con la cabeza, como si mi hermano realmente pudiera verme.

«Otra cosa muy importante es que la clave es el único mecanismo de seguridad para acceder a tus Bitcoins. No hay que confirmar con un mensaje de texto, un e-mail, o una tarjeta de coordenadas, como cuando querés hacer una operación con el banco. Cualquiera que tenga acceso a esas doce palabras tiene tus Bitcoins.

No te dejo instrucciones precisas de qué programa tenés que instalarte para acceder a los Bitcoins porque seguramente en cinco años todo esto habrá cambiado. De todos modos, uses la aplicación que uses, cuando la instales te va a pedir esas doce palabras.

Lo cual nos lleva a que ahora te estés preguntando cuáles son esas palabras. Bien... Si entendiste lo que te expliqué, sabrás que no te las puedo pasar por acá, porque si alguien interceptara este mensaje, estamos en el horno. ¿Quién sabe si durante los cinco años que este video va a estar en la nube

alguien, ya sea por curiosidad o intencionalmente, logra reproducirlo? No te olvides que el que tiene la clave, tiene los Bitcoins.

Por eso, Paulita, la mejor manera de guardar la clave es en algún soporte que no esté conectado a Internet. Como por ejemplo, escrita en un pedazo de papel. Un papel que te podría dejar detrás de un cuadro o abajo de una baldosa floja. Pero no, creo que estará más seguro en la panza de cierto oso de peluche que no le va a poder contar el secreto a nadie porque se quedó mudo durante su primer día de vida.

Hermanita, feliz cumple una vez más. Te quiero mucho.»

Permanecí en silencio, con la mirada perdida en el botón que me ofrecía volver a reproducir el video. Tras levantarme de la silla casi como un autómatas, agarré las llaves de mi moto —la moto que me había regalado Rodri al poco tiempo de fallecer Leandro— y salí a la calle.

Había entendido perfectamente a qué oso mudo se refería mi hermano mayor.

—Mamá, soy Paula —anuncié en voz alta tras abrir la puerta con mi juego de llaves.

No obtuve respuesta. Probablemente mi madre se había ido a comprar o a una de sus clases de pintura o tejido.

Fui derecho a la habitación de Leandro. Los pósters de Soda Stereo y de Charly García que había colgado durante su adolescencia seguían en las paredes. De hecho, desde los dieciocho años, cuando se fue a Buenos Aires a estudiar en la universidad, mi hermano sólo había utilizado esa habitación cuando volvía a Madryn a pasar las vacaciones.

Estaba prácticamente igual que durante su adolescencia, salvo por algunos rastros de Rodrigo, nuestro hermano menor. Cuando Leandro falleció, Rodri se fue a dormir a esa habitación durante unos meses. Esa fue su forma de vivir el duelo.

La cama estaba hecha. Como siempre desde que yo

tenía uso de razón, sobre la almohada había un oso de peluche. Se llamaba Toto y no cabía duda de que era el oso al que se había referido mi hermano en el video. En primer lugar, porque él lo había querido lo suficiente como para conservarlo incluso durante su adolescencia. Y en segundo lugar, porque Toto era mudo.

Mi mamá siempre contaba que el día que se lo regalaron a Leandro, Toto hablaba. Pero mi papá, con la manía que tenía de desarmar cualquier aparato para ver cómo funcionaba, había abierto con un destornillador el mecanismo electrónico y cuando volvió a cerrarlo, el oso ya nunca más volvió a pronunciar palabra. Mi hermano también me había contado que durante su infancia solía esconder galletitas y otras golosinas en la cavidad que había quedado en la espalda de Toto tras quitarle el parlante y las dos pilas.

Lo tomé entre mis manos. El tacto era suave a pesar del aspecto áspero que tenía el peluche después de tres décadas, tres dueños y muchísimas lavadas. Lo apreté un poco a la altura del pecho y sentí en su interior los bordes duros de un pedazo de cartón.

Abrí el cierre de la parte de atrás y le metí dos dedos en la espalda. Me encontré con un rectángulo de cartón no más grande que una tarjeta de crédito. Era una fotografía de mis hermanos en la que Leandro, que tendría veinte o veintiún años, sostenía en brazos a Rodrigo, que rondaba los ocho. La cámara había captado a ambos soltando una carcajada.

Del otro lado de la foto había unas palabras escritas a mano.

Te extraño, Lea. Espero que estés bien, donde sea que te hayas ido.

Aquello no podía ser la contraseña de los Bitcoins. Primero porque no eran doce palabras en inglés sino trece en castellano. Y segundo, porque no estaban escritas por Leandro sino por Rodrigo.

Además, la frase dejaba claro que Rodrigo la había escrito después de la muerte de Leandro. Y al meter la fotografía dentro de Toto, mi hermanito indudablemente tenía que haber encontrado el papel con la contraseña de los Bitcoins.

Mis Bitcoins.

Corrí hacia la moto, preguntándome cuánto tiempo hacía que Rodrigo se había topado con esas doce palabras y qué había hecho con ellas. ¿Tendría todavía ese papelito guardado o lo habría tirado a la basura, ignorando que era la llave para acceder a una fortuna?

Estacioné la moto en la puerta de Expediciones Magallanes. La mitad trasera de la camioneta de Rodrigo estaba metida en el garaje que había al lado de la oficina. La trompa del vehículo asomaba por la fachada, con las ruedas sobre la vereda.

Me deslicé de costado por el estrecho espacio que había entre la camioneta y el marco de la puerta. Llevaba a Toto en una mano y a la fotografía de mis hermanos en la otra.

Encontré a Rodrigo dentro del garaje cargando unos kayaks en la caja del vehículo.

—¡Paula! Feliz cumple —gritó, apretándome en un abrazo.

—Gracias.

—Me encontrás de casualidad. Estoy a punto de salir para Punta Loma a ver lobos marinos con unos alemanes —dijo, señalando los kayaks dentro de la camioneta—. ¿Qué hacés por acá?

—Rodrigo, te tengo que hacer una pregunta.

—¿"Rodrigo"? ¿No "Rodri"? Uh, cagamos. Cada vez que me llamás Rodrigo pasa algo.

—Sí, pasa algo —le dije, extendiéndole la foto y enseñándole a Toto en mi otra mano.

Mi hermano levantó las cejas y se apoyó contra un

kayak de plástico colgado de la pared. Después giró la fotografía y leyó en el reverso lo que él mismo había escrito. En su cara se dibujó una sonrisa melancólica.

—¿Qué es lo que... —Sus ojos se abrieron más de lo normal, como si en ese momento lo hubiera entendido todo—. No me digas que estás celosa porque no puse una foto de los tres. Paulita, puse esta porque es preciosa. Fijate, se nos ve a los dos riéndonos a carcajadas.

—No te vengo a hablar de la foto. Te vengo a hablar de lo que encontraste adentro de Toto cuando la metiste.

—¿A qué te referís?

Mi hermano siempre había sido un malísimo mentiroso.

—Sabés perfectamente a lo que me refiero, Rodrigo. A doce palabras en inglés.

—¿A qué vienen estas preguntas ahora, Paula?

—¿Dónde está ese papel?

—Qué sé yo. No sé. Lo tiré.

—¿Lo tiraste? ¿Cómo que lo tiraste? ¿Estás seguro? Rodri, ¿vos tenés idea de qué era ese papelito?

—La contraseña para acceder a cien Bitcoins.

Me quedé helada.

—¿Cómo... cómo sabés eso?

—Porque en el papelito decía «Bitcoins» y después había una lista de palabras en inglés. Buscando un poco en internet me di cuenta de qué era. Supuse que Leandro las habría comprado mientras trabajaba en Buenos Aires.

—Y sabiendo lo que era, ¿lo tiraste?

—Sí. Después de que las vendí, el papelito ya no servía para nada.

Tragué saliva, intentando mantener la calma.

—¿A cuánto las vendiste?

—Tres mil dólares.

—Ah, bueno —respiré, más relajada—. No está nada mal. Tres mil por cien son trescientos mil dólares.

Mi hermano arqueó las cejas.

—No, Paula. Vendí *todas* por tres mil dólares.

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo, no? Sí, me estás jodiendo.

—No.

—Rodrigo, ¿vos tenés idea de cuánto valen cien Bitcoins ahora?

—Una fortuna, seguro —me respondió, como si nada.

—Un millón y medio de dólares, valdrían ahora. Un Millón. Y Medio.

En la cara de mi hermano apareció de a poco una sonrisa condescendiente.

—No tiene ningún sentido mirarlo así, Paula. Es como si alguien se hiciera mala sangre por no haber comprado acciones de Microsoft hace treinta años.

—¡No podés ser tan pelotudo! —grité, llevándome una mano a la frente.

Cuando bajé la mirada, me di cuenta de que los dedos de mi otra mano estaban hundidos en el pecho de Toto, doblándole la cabeza en un ángulo imposible. Me entraron ganas de despedazar a ese muñeco como si fuese la versión vudú de mi hermano menor.

—¿Y yo cómo podía saber lo que iba a pasar casi cinco años después, Paula?

—¿Cinco años?

—Sí, encontré el papelito al poco tiempo de la muerte de Leandro, durante los meses que estuve durmiendo en su habitación.

—Y decidiste vender los Bitcoins sin decirme nada. ¿No se te ocurrió que a lo mejor a la otra hermana de Leandro le correspondía una parte?

Mi hermano cerró la mano y le dio unos golpecitos con los nudillos al kayak de plástico amarillo.

—No podés ser tan pelotudo —repetí.

El ruido de su palma contra el kayak retumbó en todo el garaje.

—Tenés razón, Paula. No puedo ser tan *pelotudo*. ¿Sabés qué tendría que haber hecho? Patinarme esos tres mil dólares en un viaje. O emborracharme durante meses seguidos hasta olvidarme de que mi hermano, que además era mi ídolo, se había muerto a los treinta y cinco años. Pero no, el *pelotudo* va y se gasta todo en comprarle una moto a su hermanita para levantarle el ánimo.

—Mentira. Esa moto me la compraste con lo que ganaste con este negocio durante el verano que siguió a la muerte de Leandro.

Rodrigo esbozó una sonrisa amarga y negó con la cabeza.

—Leandro era un desastre para los negocios, Paula. Dejé esta empresa al borde de la quiebra. Apenas me pude mantener a flote ese verano. Apenas.

—No te creo.

—Te estoy diciendo la verdad. Si querés te muestro los números —dijo, señalando con el pulgar la pared que separaba el garaje de la oficina.

Una lágrima me rodó mejilla abajo y cayó sobre Toto. Ya no lo apretaba con odio, y la cabeza había vuelto a su posición normal, ofreciéndome su sonrisa de siempre, bordada en lana de oreja a oreja.

—No tenía un peso partido al medio ese verano, Paula. Y cuando encontré el papelito adentro de Toto, me pareció que comprándote la moto ibas a salir más a la calle, recuperar un poco tu vida social. No sé cómo te enteraste de los Bitcoins ahora, pero ya no están Paula. Los usé, y los volvería a usar para comprarte la misma moto.

Miré a mi hermano a los ojos y me tomé unos segundos para elegir cuidadosamente las palabras que iba a decirle. Sin embargo, cuando abrí la boca no me salió ninguna. Solo fui capaz de dar dos pasos hacia él y estamparle el peluche contra el pecho. Lo agarró justo antes de que yo lo soltara. Entonces abrí los brazos y lo abracé con todas mis

fuerzas. Él hizo lo mismo en cuanto pudo liberar la mano que sujetaba al oso.

Pero Toto no cayó al suelo. Se quedó entre nosotros, sostenido por el abrazo más fuerte que Rodri y yo nos habíamos dado en nuestras vidas.

—Lo extraño mucho —dijo mi hermano entre lágrimas.

—Yo también, Rodri. Yo también.

GRACIAS POR LEERME

¡Muchísimas gracias por leerme! Espero que hayas disfrutado con esta historia. Me tomo el atrevimiento de pedirte que me ayudes a llegar a más lectores compartiendo tu opinión. Podés hacerlo hablando del libro con personas de carne y hueso, publicando algo en redes sociales o, si lo compraste por internet, dejando una reseña en la web donde lo adquiriste. A vos sólo va a llevarte un minuto, pero el impacto positivo que tiene para mí es enorme.

Por último, me gustaría invitarte a formar parte de mi círculo más cercano de lectores dándote de alta en mi lista de correo. La uso para enviar cuentos inéditos, adelantar capítulos, compartir escenas extras de mis libros que quedaron fuera de la versión final y avisar cuando publico algo nuevo. No suelo escribir más de un correo por mes, así que no te preocupes porque no te voy a llenar la bandeja de entrada (y nada de SPAM, lo prometo). Para darte de alta, encontrarás un botón en mi página web.

Una vez más, gracias por estar ahí. Leyéndome, le das sentido a lo que hago.

SOBRE EL AUTOR

Cristian Perfumo escribe *thrillers* ambientados en la Patagonia Argentina, donde se crio.

El primero, *El secreto sumergido* (2011), está inspirado en una historia real y lleva ya ocho ediciones, con miles de copias vendidas en todo el mundo.

En 2014 publicó *Dónde enterré a Fabiana Orquera*, que agotó varias ediciones en papel y en julio de 2015 se convirtió en el séptimo libro más vendido de Amazon en España y el décimo en México.

Cazador de farsantes (2015), su tercera novela con frío y viento, también agotó la primera tirada.

El coleccionista de flechas (2017) ganó el Premio Literario de Amazon, al que se presentaron más de 1800 obras de autores de 39 países, y está siendo adaptada a la pantalla.

Rescate gris (2018) fue finalista del Premio Clarín de Novela 2018, uno de los galardones literarios más importantes de Latinoamérica, y más tarde fue publicado por la editorial Suma de Letras.

En 2020 publicó *Los ladrones de Entrevientos*, una novela de atracos que ha sido definida por la crítica como «*La casa de papel* en la Patagonia».

En 2021 publicó *Los crímenes del glaciar*, una novela negra ambientada por partes iguales en la Patagonia y los alrededores de Barcelona que se convirtió en best-seller en Amazon. En 2022 publicó *Los huesos de Sara* (2022), un *thriller* de misterio que traslada al lector a una excavación paleontológica en uno de los rincones más desconocidos y particulares de la Patagonia.

Recientemente ha publicado *El manuscrito perdido de El principito*, un *thriller* de aventuras que une la Patagonia con Nueva York, París y Barcelona.

Sus libros han sido traducidos al inglés, al francés, al polaco y editados en formatos audiolibro y braille.

Tras vivir años en Australia, Cristian está radicado en Barcelona.

Más novelas de Cristian Perfumo

EL MANUSCRITO PERDIDO DE EL PRINCIPITO



LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS. LOS MOTIVOS DE UN ASESINO, A VECES TAMBIÉN

Argentina, 1930. Doce años antes de escribir *El principito*, Antoine de Saint-Exupéry trabaja en la Patagonia argentina como piloto de avión. Aprovecha cualquier momento libre en un hotel, aeródromo o incluso el aire para llenar con letra apretada su pequeña libreta.

Barcelona, 2023. Santiago Sotomayor, un investigador privado al borde de la quiebra, es contratado por una de las empresarias más importantes del país. Su hija Ariadna se marchó a la Patagonia para estudiar un manuscrito inédito de Antoine de Saint-Exupéry. Iba a ser un viaje de tres meses, pero lleva allí casi un año. Su madre sospecha que la ha captado una secta. Sin embargo, cuando Sotomayor viaja a la Patagonia descubre que Ariadna tiene problemas mucho más graves.

**UN MANUSCRITO QUE VALE MILLONES
UN HOMBRE TORTURADO Y ASESINADO
UNA CARRERA POR MEDIO MUNDO EN BUSCA DE LA VERDAD**

LOS HUESOS DE SARA



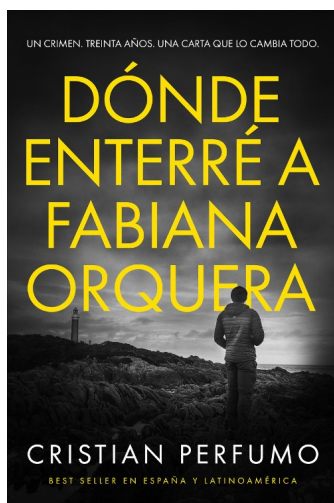
Hay secretos que deberían permanecer enterrados para siempre

El cráneo del dinosaurio carnívoro más grande del mundo ha desaparecido del remoto sitio de la Patagonia donde estaba siendo excavado. Teresa Estévez, la paleontóloga que lidera la expedición, descubre que el ladrón ha dejado en su lugar una falange humana y una críptica nota con una única interpretación posible: el hueso pertenece a su mentora, Sara Lombardi, desaparecida en ese mismo lugar cuatro años atrás.

Con la ayuda de un periodista, Teresa se embarcará en una peligrosa carrera por recuperar uno de los fósiles más valiosos del planeta al mismo tiempo que descubre qué pasó con Sara Lombardi.

No te pierdas este thriller de misterio que te hará descubrir un rincón único de la Patagonia a través de la adictiva pluma de Cristian Perfumo, ganador del Premio Literario de Amazon y escritor best-seller en España y Latinoamérica.

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA



Verano de 1983: En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, un político local despierta en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar unos días juntos sin tener que esconderse. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

Verano de 2013: Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino plantea una serie de enigmas que prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. A medida que descifra pistas, Nahuel descubre que, incluso después de treinta años, hay quien prefiere que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

¿Qué pasó con Fabiana Orquera?

LOS LADRONES DE ENTREVIENTOS

Durante años, trabajó para ellos. Ahora va a desvalijarlos.

Entrevientos no ha cambiado. Sigue siendo una de las minas de oro más remotas de la Patagonia y del mundo. Sin embargo, para Noelia Viader se ha convertido en un sitio totalmente diferente. Hace un año era su lugar de trabajo y hoy es una cruz roja en el mapa sobre el que repasa los detalles del atraco.

Tras catorce años alejada del mundo criminal, Noelia retoma el contacto con un mítico ladrón de bancos al que le debe la vida. Juntos reúnen a la banda que planea llevarse de Entrevientos cinco mil kilos de oro y plata.

Tienen dos horas antes de que llegue la policía. Si lo logran, los diarios hablarán de un robo magistral. Y ella habrá hecho justicia.



«Como La casa de papel, pero en la Patagonia»

www.cristianperfumo.com

EL COLECCIONISTA DE FLECHAS

La calma de una pequeña localidad patagónica se rompe cuando uno de sus vecinos aparece muerto con signos de tortura en su sofá.

Para la criminóloga Laura Badía, este es el caso de su vida: además de la brutalidad del asesinato, de la casa de la víctima han desaparecido trece puntas de flecha talladas hace miles de años por el pueblo tehuelche y cuyo valor es incalculable.

Con la ayuda de un arqueólogo venido de Buenos Aires, Laura se embarcará en la resolución de un misterio que no solo la llevará al glaciar Perito Moreno y a los enclaves más remotos de la Patagonia, sino también a recorrer el lado más oscuro de la mente humana, un lugar donde las mentiras y la codicia se esconden en cada recodo del camino.



Ganadora del Premio Literario de Amazon

www.cristianperfumo.com

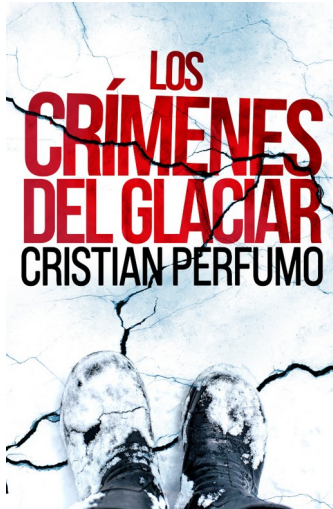
LOS CRÍMENES DEL GLACIAR

El cuerpo de un turista aparece congelado en el glaciar más grande de la Patagonia. Murió sobre el hielo, de un disparo en el vientre, hace treinta años.

Pero tú, que te llamas Julián y eres de Barcelona, ignoras que esto te cambiará la vida.

Para entenderlo, primero deberás saber que tu padre tenía un hermano del que nunca te habló. Después, que ese hermano acaba de morir. Y, por último, que en su testamento figuras como único heredero de una misteriosa propiedad en El Chaltén, un idílico pueblo de la Patagonia.

Viajarás hasta allí para venderla, pero cometerás el error de hacer demasiadas preguntas. Entonces comprenderás que, treinta años después del crimen, en El Chaltén se esconde alguien dispuesto a borrar del mapa con tal de que no llegues a la verdad.



www.cristianperfumo.com

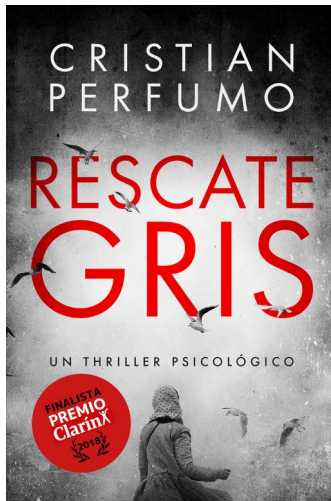
RESCATE GRIS

Puerto Deseado, Patagonia Argentina, 1991. Raúl necesita dos trabajos para llegar a fin de mes. Cuando apaga el despertador para ir al primero de ellos, sabe que algo va mal. Su pequeño pueblo ha amanecido cubierto por la ceniza de un volcán y Graciela, su mujer, no está en casa.

Todo parece indicar que Graciela se ha ido por voluntad propia... hasta que llega la llamada de los secuestradores. Las instrucciones son claras: si quiere volver a verla, tiene que devolver el millón y medio de dólares que robó.

El problema es que Raúl no robó nada.

No te pierdas este thriller psicológico ambientado en una de las épocas más convulsas e inolvidables de la historia de la Patagonia: los días de la erupción del volcán Hudson.



Finalista del Premio Clarín de Novela

EL SECRETO SUMERGIDO

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



**Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares
vendidos en todo el mundo!**

www.cristianperfumo.com

CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.

